

espíritu que introdujo en el ministerio, dice Enrique Martín, discrepó demasiado de la corriente general del imperio; la marcha que se propuso fué demasiado inteligente y rápida para que se le hubiese permitido seguir por mucho tiempo en esta dirección.» En efecto, tuvo que reducir á menores proporciones y efectuar con más lentitud muchas de las cosas que se propuso; pero á pesar de esto, su administración forma una de las páginas más gloriosas de la historia del Imperio.

Durante el verano de 1863 las reformas de Duruy fueron las que despertaron principalmente el interés público, además de la política extranjera, en la cual ocupaba preferentemente la atención la agitación de la Polonia. En general, la agitación del período electoral fué seguida de cierto cansancio. Esperábase que cesaría al abrirse la nueva legislatura; mas la inesperada muerte de Billault, ocurrida en 13 de octubre de 1863, hizo vacilar toda la organización del gobierno realizada en junio, siendo más que dudoso que entre todas las notabilidades del bonapartismo se encontrara un individuo que pudiese reemplazar al difunto. Morny y otros instaron al emperador para que redujese de nuevo las atribuciones del ministerio de Estado y encargara por medio de un senadoconsulto á todos los ministros la defensa de las leyes nuevas en el Senado y en la Cámara de diputados. Napoleón, sin embargo, no siguió estos consejos, sino que nombró sin vacilar, en 18 de octubre, á Rouher ministro de Estado, reemplazándole en la presidencia del Consejo de Estado Rouland con tres vicepresidentes, Forcade de la Roquette, Chaix-d'Est-Ange y Vuitry.

Esta resolución tuvo una trascendencia extraordinaria. Se dudaba que Rouher, á pesar de su grande aptitud, resultara á la altura del papel que se había destinado á Billault; pero todo el mundo estaba convencido de que mucho más que su predecesor, sabría impedir que se ejerciese otra influencia que no fuera la suya sobre el emperador. Creíase firmemente que procuraría hacerse consejero y representante único del soberano, y así sucedió hasta más allá de lo que nadie pudo prever. Facilitaron á Rouher esta posición dos circunstancias: primera, la muerte de Mocquard y de Morny, que por su situación habrían podido ejercer una influencia enteramente especial sobre el ánimo de Napoleón; y segunda, los padecimientos físicos que desde el año 1865 impidieron frecuentemente al emperador dedicarse como antes á los asuntos del gobierno y aumentaron su antigua aversión á tratar con nuevas personas. Como los rivales de Rouher, Walewski, Persigny, Maupas y otros, no se cansaban de procurar la caída del ministro, las intrigas en la corte se hicieron más apasionadas que nunca, valiéndose los envidiosos preferentemente de las reformas liberales, naturalmente con gran daño del país y del desarrollo de su constitución.

XVII

LA SOCIEDAD FRANCESA AL INICIARSE LA DECADENCIA
DEL SEGUNDO IMPERIO

El estado moral del pueblo francés, y particularmente de la sociedad más elevada, era tan poco lisonjero, que no cabe negar que contribuyó á la decadencia del Imperio. Antes de pasar á ocuparnos de él, conviene advertir que no se debe imputar á toda la Francia los males que emanaban más particularmente de París; pero también se debe confesar que á causa de la inmensa influencia que la capital y su gobierno centralizador ejercían sobre el resto del país, se extendió irresistiblemente el contagio. También sería injusto atribuir al Imperio toda la responsabilidad de la desmoralización creciente, pues sus caracteres principales aparecieron ya bajo la monarquía de julio.

Para pintar con sus verdaderos colores, bastante oscuros por cierto, dicho estado social, no acudiremos á lo que puedan decir de él los historiadores extranjeros, sino que á fuer de imparciales trasladaremos á este capítulo algunas consideraciones debidas á escritores franceses, testigos naturalmente de mayor excepción.

Uno de ellos, E. Montegut, dijo, describiendo al joven francés, «que dotado por la naturaleza de cualidades nobles, tenía que reconocer á su entrada en la sociedad que para ella todo sentimiento noble y generoso era un objeto de lujo, y que el que no quisiera ser explotado ni ponerse en ridículo necesitaba resolverse á luchar con las armas que la misma sociedad le daba. El joven francés, añadía Montegut, opone á la dureza el egoísmo; no se fía ni desconfía en absoluto de las personas que le rodean; quieren explotarle y por lo mismo se cree con derecho á explotarlas á su vez. Para él la sociedad representa un cambio de servicios lucrativos; es duro y cruel con toda tranquilidad de conciencia; es generoso con orgullo y sin entusiasmo. No conoce el odio porque no da resultados provechosos; para él es tan inútil vengarse como perdonar, pero al mismo tiempo no olvida. De esta manera sólo cuenta consigo mismo, convencido de que el hombre es el enemigo natural del hombre. Su conciencia le prohíbe devorar á nadie, pero cumpliendo con este deber se considera con derecho á luchar hasta lo último para no dejarse devorar por los demás.» Esto escribió el citado autor, que muy lejos de pertenecer á la oposición fué desde 1862 el crítico literario del *Monitor oficial*.

El extranjero que llegaba á París veía desde luego á la Francia grande, próspera y floreciente; pero al observar más de cerca las cosas cambiaba muy pronto de ideas, y muchos observadores extranjeros se complacían en pintar con colores lúgubres á esta nación ciega y corrompida, lanzada con ardor febril á todas las exageraciones del materialismo más grosero, del lujo más escandaloso y del afán de goces sensuales. París fué llamada por todos la Babilonia del Sena, y un distinguido autor, Beaumont Vassy, escribió en 1860: «Toda idea de deber, de justicia y de honor ha desaparecido: el conjunto produce la impresión de una danza macabra de Holbein alrededor del becerro de oro. En la cúspide de la escala social se halla la familia imperial, que toma la iniciativa de todos los excesos y de todas las debilidades. La charla frívola de las Tullerías, de las embajadas, de los ministerios, gira únicamente alrededor de las aventuras misteriosas del emperador y de las personas que el día anterior le han acompañado. La inmoralidad se asoma por todos lados; todo el mundo vive y se recrea en esta atmósfera malsana; los periódicos y las obras dramáticas ensalzan y glorifican escándalos tan horribles que es difícil acostumbrarse á los usos y á las escenas de este lazareto. Las tres bases de toda sociedad civilizada, el ejército, la justicia y la administración, están corrompidas en Francia. La justicia se encuentra en situación tan abyecta que los ministros la aplican á su capricho, según les inspira la ira ó la amistad. El magistrado es un empleado que en lugar de consultar los autos para formar su juicio, pregunta á su superior. La opinión pública está corrompida sistemáticamente con el auxilio de una prensa inmoral y de escritores mercenarios. No se deja penetrar ninguna luz en esta atmósfera malsana, se reparte la verdad en dosis homeopáticas y se deja consumir la nación en esta ignorancia cómoda y estúpida. La vida es artificial, todo es antinatural; el lujo es loco, las inmoralidades son irritantes; no hay más Dios que el dinero ni más ideal que el estómago. En el ejército francés ha penetrado la decadencia, que lo dividirá y deshonrará. Los ascensos se esperan sólo del favor. Nadie habla de estudiar ni de aplicarse; en todas partes se ven sólo la ociosidad, la indolencia y la codicia. Ya no se sirve á la Francia, á la bandera y al honor; sólo se precipita la gente sobre las ocasiones de servir á la dinastía. El espionaje y la delación se encuentran, según se asegura, en todos los grados de la escala social. Africa es una escuela funesta para el ejército francés: allí hay celadas, combates de sorpresa y falsedad, y se provocan sublevaciones para conseguir ascensos y favores. La centralización ha hecho de Francia una gran máquina que mantiene un ejército de burócratas rutinarios y arbitrarios. Casi todos los puestos de la administración han caído en manos de abogados y periodistas, es decir, en las peores manos en que una nación puede confiar su suerte. Desde 1793 estas dos clases de holgazanes obtienen todos los puestos, se meten en todas partes y lo rebajan y echan á perder todo. No hay más que abrir los ojos y contar: embajadores, ministros, diputados, casi todos son abogados ó periodistas, pero raras veces son escritores y oradores verdaderos, son simplemente

parlanchines. El periodismo francés es un instrumento que sólo sirve para el pueblo francés. Salvo dos ó tres excepciones, estos extraños periódicos no saben nada de cuanto ocurre en el resto del mundo. Su mundo está comprendido entre el boulevard Montmartre y la Magdalena. Su polémica es una contienda viva entre dos especialistas que procuran atraer al público á su tienda. El francés no se cuida de lo que pasa fuera de sus fronteras, pero quiere que le entretengan, y así se le divierte; por esto se ha hecho el periodismo la crónica de las alcobas sospechosas y de las historias escandalosas de la ciudad y de la corte. El periódico que sabe husmear con más destreza, tiene éxito y se hace popular. Si estos dos manantiales de la literatura llegaran á cegarse súbitamente, el periodismo francés dejaría de existir, moriría de terrible anemia.»

Aunque en este cuadro los colores son demasiado fuertes, no puede negarse la exactitud del dibujo. Otro testigo, Helie, que miraba las cosas desde un punto de vista enteramente diferente y que escribió sus impresiones después de la caída del Imperio; autor de la obra de las constituciones políticas de Francia, bonapartista independiente, hombre de opiniones moderadas en todo, y como proteccionista inclinado á culpar en gran parte al librecambio del materialismo creciente, señala los siguientes defectos nacionales como causa de la decadencia de la Francia.

«Vanidad y orgullo, frivolidad y falta de previsión, arrogancia y precipitación en nuestras resoluciones, unidas al pronto desaliento, predilección por los placeres y la vida cómoda, pasión por la moda, unida al prurito implacable de hacer la oposición, menosprecio de las formas legales, complacencia demasiado condescendiente, pasión inconsiderada por lo extranjero, terquedad en sostener nuestra opinión y derecho, y finalmente, nuestro peor defecto, la pasión por la igualdad social.» «El gobierno y el pueblo, dice este autor, trabajaron en igual sentido, y esto nos puso en gran confusión. Los poderes del Estado habían perdido del todo su fuerza, porque el exceso de los derechos del emperador no había dejado elasticidad é independencia ni á los grandes cuerpos del Estado ni á las autoridades locales ni á los individuos. La magistratura se completaba generalmente con individuos de la clase media y le faltaba importancia política; la manera de ascender apartaba á muchos individuos de sus deberes, los impulsaba á solicitar continuamente ascensos é hizo á muchos hasta serviles. En el ejército descorazonaba á los más capaces el abusivo ascenso por los años de servicio, que era resultado de la falsa inclinación á la igualdad y ponía las medianías á la cabeza de todos los organismos militares. Nuestras escuelas especiales no supieron retener una parte de la juventud que hubiera podido dedicarse al servicio del Estado, y daban á los demás un exceso de ciencias positivas, que atrofian el espíritu, y demasiado poca instrucción filosófica, que hubiese podido ensanchar la inteligencia y formar el corazón. La división excesiva de los ramos del servicio público, el abuso que se hizo de la incompatibilidad de los empleos y las traslaciones incesantes, hacían prosperar en

todas partes á las medianías. El medio engaador de las reformas que se aplicó á los males políticos, contribuyó á lanzar así á las corporaciones consultivas como á los individuos á la palestra de los partidos y de la crítica estéril, en lugar de hacer de ellos los puntales robustos y libres del orden constitucional. El periodismo volvió á entregarse á una inmoralidad sin nombre desde que el reciente uso, rápidamente extendido, de vender números sueltos de los periódicos prometió el mayor lucro á los embusteros más hábiles y más descarados.

»El desorden social fué aún más grande que el político. No se enfrenaron ni enmendaron nuestras costumbres demasiado democráticas. La potestad paterna quedó rebajada por estas excrecencias democráticas; las familias perdieron su unión y vivieron separadas bajo la protección del poder del Estado. El excesivo aumento del comercio que produjo el libre cambio había despertado la concupiscencia y el egoísmo y enriquecido á muchos demasiado. La usura levantó la cabeza, acumulando descaradamente sus tesoros robados, y hasta sacó del libre cambio argumentos á su favor para justificar su conducta con una moral nueva. La aristocracia de los capitalistas estaba emponzoñada por las doctrinas de Adam Smith, que favorecen sus intereses á expensas de los obreros pacíficos y de los proletarios. Un lujo desenfrenado extendió en ella la corrupción. La libertad de coalición separaba cada vez más á los patronos y obreros en dos clases enemigas. La fuerza de una competencia desordenada fué concentrando el trabajo en las fábricas y desmoralizaba allí las masas, que olvidaron la vida de familia. Las industrias pequeñas, no menos necesarias que la propiedad pequeña, fueron desapareciendo y el comercio se vió favorecido á expensas de la agricultura. Los precios crecientes de los objetos más necesarios, en los cuales influyeron también por una parte la codicia de los vendedores y por otra la necesidad de los consumidores, llevaron la confusión á la vida doméstica. La centralización social, que se desarrolló gradualmente sin obstáculo gracias á los ferrocarriles, desangró á las provincias más lejanas y la Francia vivía sólo en París; lo que dió lugar en cierta manera á una nueva especie de vida vagabunda, la de las familias ricas que paseaban su egoísmo y holgazanería por los sitios de verano y por los puntos de recreo de invierno, sin cuidarse de la suerte de sus compatriotas, casi sin domicilio y sin pertenecer á ningún pueblo, provincia ni patria, gastando las riquezas que Dios les había concedido para auxiliar á los pobres. El clero procuró separarse del Estado; se complacía en su altanero aislamiento y educaba en sus colegios una parte de nuestra juventud en los principios ultramontanos, mientras la universidad se inclinaba á los librepensadores y aun á los ateístas. Los curas párrocos, insuficientemente instruídos, estaban animados más de fanatismo que de religión; nuestros obispos, nombrados casi todos por favor, gobernaban sus diócesis sin autoridad y aun bajo el espionaje de las congregaciones, que se habían entregado al absolutismo de la Santa Sede. Estos obispos obedecían á su clero,

para no quedar abandonados por él. La polémica antirreligiosa atacó á la religión con violencia, apoyándose cada vez más en principios que los ignorantes no sabían combatir con la fuerza necesaria.»

Mucho hay en esta pintura de apasionado é insostenible, particularmente por lo que respecta á las acusaciones que el autor dirige á los principios del libre cambio, pues deben dirigirse más bien al exagerado aprecio que se hacía de las riquezas materiales, así como por lo que hace á su opinión sobre los prelados franceses, muchos de los cuales sabían regir sus diócesis con entera autoridad y apoyados por el amor de sus diocesanos; pero lo cierto es que los autores que acabamos de citar ponen muy de relieve los varios y múltiples males que padecían el Estado francés y el espíritu de la nación.

A pesar de todo ello, París era no solamente el centro de Francia, sino también el del arte, del lujo y de la moda; puede decirse que era la capital de Europa. Todo extranjero que llegaba á ella ensalzaba lo que en ella veía y ponderaba el genio francés; por eso las demás naciones trataron de imitar la civilización francesa, y aunque no se ignoraba que bajo el brillante barniz había bastante carcoma, esto no impedía ni el goce ni la imitación.